

PRESENTACION DEL RETRATO DE DON JUAN GOMEZ CRESPO, OBRA DEL PINTOR Y ACADEMICO DON JUAN HIDALGO DEL MORAL

ANGEL AROCA LARA
ACADEMICO NUMERARIO

Pese a que el uso excesivo y no siempre sincero de la frase la ha vaciado de contenido y su empleo suena inevitablemente a tópico, decir, aquí y ahora, que siento una especial satisfacción al participar en este acto no es una mera fórmula al uso. Estoy realmente satisfecho de presentar el retrato que hoy nos congrega, pues cuento con tres sólidos motivos para hacerlo: la calidad humana del pintor y los valores artísticos de su obra, mi respeto y admiración hacia el retratado, a quien veo como prototipo de una estirpe de cordobeses que sigue iluminándolos, aunque ya, tristemente, con sus últimos destellos, y la evidente categoría de este retrato, del que ya transmití al cuerpo académico la magnífica impresión que me produjo cuando, hace algún tiempo, se me comisionó para entrevistarme con Juan Hidalgo con vistas a la posible incorporación del mismo a los fondos de la Academia.

Quizá por ese halo de misterio que envuelve a todo lo que admiro, el reflexionar sobre el pintor y su modelo, frutos singulares, casi impropios, de la aparente aridez de La Campiña, me lleva, inevitablemente, a recordar a aquellos otros juanes, cordobeses del Sur, granadinos del Oeste o malagueños del Este, a quienes, a poco de mi llegada a Andalucía, en una madrugada de San Juan, vi acolitando a tres marías en la sorprendente y casi bruñeril tarea de pasar a los niños herniados a través de la llaga abierta en una mimbre ribereña del Genil.

En don Juan Gómez Crespo, cuya edad y saber me fuerzan, a su pesar, a un tratamiento reverente, que no distante, y en Juan Hidalgo del Moral hay, desde mi óptica, algo de lo mítico y enigmático que me sobrecogió en sus homónimos del treviño provincial en que se yergue Iznájar. Siempre he visto a don Juan en su sitio, derrochando acierto en el difícil arte de saber estar, erguido, ceremonioso, tan solemne y preocupado por llevar a buen término su cometido como aquel enjuto hortelano del valle de Cesna que, impasible al llanto de los niños, se hallaba absorto en cumplir pulcramente el rito de pasarlos a través de la mimbre. Por otra parte, presiento a Juan Hidalgo, en el elocuente silencio de su estudio del Alcázar Viejo, afanado en plasmar sus emociones en el lienzo, preciso en la pincelada y tomándose todo el tiempo, como si éste se hubiera detenido, en rematar su obra. Es decir, en actitud similar a la de aquel cabrero de Los Pechos que, tras haber untado, con no se que unguento, la herida de la mimbre, la vendaba paciente y cuidadoso mascullando oraciones ininteligibles. Del

buen hacer de este hombre, también de pocas palabras como nuestro pintor, dependía el éxito de toda la ceremonia, pues sólo si la mimbre reverdecía habría de remitir la quebracía en los infantes.

Nunca supe si los desvelos puestos en tan complejo ritual dieron el fruto apetecido; quiero pensar que sí, y, de algún modo, el retrato que hoy tenemos ante nosotros refuerza mi confianza. El es testimonio elocuente de los resultados que pueden conseguirse cuando el hombre capaz pone su empeño en una empresa. Creo interpretar el sentir de todo el cuerpo académico, al felicitar a Juan Hidalgo por su acierto en la ejecución de esta obra y al agradecerle su generosidad para con la Academia. Con la donación de este cuadro, la galería de académicos se ve ennoblecida al integrarse en la misma la efigie del caballero que fue nuestro director hasta hace un par de años, y el patrimonio artístico de la Corporación se ve enriquecido por las cualidades estéticas de tan importante aportación.

Tras este justo reconocimiento, pasamos a esbozar brevemente la sembranza del pintor y a analizar su obra.

Juan Hidalgo del Moral, con una marcada vocación artística desde su infancia, comenzo su formación pictórica en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de nuestra ciudad. En este centro, del que hoy es director, fue entonces alumno aventajado, mereciendo el Premio Extraordinario de su promoción.

Pensionado por la Diputación de Córdoba, se licenció en Bellas Artes en las escuelas superiores de Santa Isabel de Hungría y San Fernando, donde también amplió su formación, realizando estudios de restauración y pintura mural. Su deseo de aprender le llevó a viajar por varios países de Europa y Africa, pensionando por la Fundación Rodríguez Acosta, y la calidad de sus obras de juventud le hizo merecedor del Premio de la Fundación Madrigal de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

En 1967, inició su labor docente en el Instituto de Enseñanza Media de Sama de Langreo. Regresó a Córdoba en 1969 y, tras cuatro años dedicado a la enseñanza del dibujo en los institutos Séneca y Averroes de nuestra ciudad, accedería a la cátedra de dicha disciplina, al superar las oposiciones al cuerpo de Profesores de Término de Escuela de Artes y Oficios. Pasó entonces, ya como catedrático, a la escuela de Ubeda, donde el Renacimiento palpitante de la Florencia andaluza agudizó su innato clasicismo. Después, para reencontrarse definitivamente con sus orígenes solariegos y estéticos, volvió a la romana Córdoba, y aquí sigue, compatibilizando la enseñanza con las tareas de dirección de la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos Mateo Inurria.

Dicha labor docente no ha sofocado su pasión por la pintura; en todo este tiempo no ha dejado de pintar y ha realizado bastantes exposiciones individuales y colectivas en distintas ciudades, entre las que se cuentan Oviedo, Jaén, El Cairo, Córdoba, Granada, Sevilla, Melilla y Madrid. En estras muestras, paulatinamente y sin golpes de efecto, Juan Hidalgo nos ha ido mostrando su buen hacer, dejándonos siempre con la miel en los labios por su constante huir del relumbrón, por su miedo visceral a prodigarse, por ese encomiable sentido del equilibrio y la moderación que le distingue. No obstante su voluntad de eludir la notoriedad, no pudo evitar que esta Corporación reparara en su arte y, hace años, fue nombrado miembro correspondiente de la Real Academia de Córdoba.

En su pintura, Juan Hidalgo ha tenido el acierto de ser fiel a sí mismo, sin dejarse seducir por la corriente de turno. Elude, por sistema, el comunicar deliberadamente cualquier mensaje en sus cuadros; éstos son fruto de un planteamiento lúdico, autocomplaciente, en el que el artista, apoyado en el conocimiento de los grandes de la pintura y en los muchos recursos aprendidos en su ya dilatado oficios, no desea sino llevar a las telas sus pensamientos, sus estados anímicos y sus sensaciones.

Esta falta de concreción del mensaje permite que sean el crítico y el espectador los

que lean entre líneas lo que vienen buscando, porque, a buen seguro, todo ello se encuentra en sus lienzos. Así, frente a la fidelidad al clasicismo cordobés que advierte Carlos Clemenson en la pintura de Hidalgo del Moral, José María Palencia ve en ella ecos del post-cubismo ornamental que introdujo Vázquez Díaz en España. En mi opinión, ambos llevan razón, sólo es cuestión de separar los elementos integrantes de la composición de los recursos técnicos utilizados para materializarla.

La pintura de Juan Hidalgo es -o al menos así la veo- deudora del Mediterráneo de siempre, de lo que en este mar de cultura se ha cocido desde Polignoto hasta Picasso. Aunque las carnes nacaradas de Rubens afloran a los rostros de sus personajes, la esencia de éstos, su fragilidad y el toque melancólico de su mirada ausente, se hallan tan próximos a la espiritualidad enfermiza de Simonetta Vespucci, la tísica sublime de Botticelli, como alejados de la rotunda presencia con que se asoman Isabel Brandt y Elena Fourment a las telas de Rubens. Aunque los tocados de sus muchachos participen de la complejidad de los turbantes eyckianos, las calidades de sus telas están más cerca de la factura suelta de Zurbarán que del relamido virtuosismo de los primitivos flamencos.

Los aceituneros, costaleros o toreros de Hidalgo del Moral son arcángeles descendidos de las torres y los triunfos de Córdoba para exhibirse a ras del suelo, en plazas amplias, urbanísticamente florentinas, en las que, siguiendo la pauta de Julio Romero de Torres, la mezquita, la puerta del puente o la casa solariega de los Páez de Castillejo han reemplazado, con toda dignidad, al duomo, la logia de la Señoría o el palacio Pitti. Estos rafaeles, rondadores en la Córdoba soñada del pintor, son en definitiva alevines, insultantemente jóvenes y hermosos, de una raza que se empeñó en mejorar la obra de los dioses idealizando la realidad y, desde el Atica, la Argólida o el Peloponeso, sentó las bases estéticas de Occidente; esas bases que aún permanecen vivas en la obra de nuestro artista y de las que, sin miedo a equivocarme, profetizo que nunca logrará desprenderse.

En suma, es la autenticidad de Hidalgo del Moral, su fidelidad a las mejores esencias de su pueblo y de su tierra, lo que más me atrae de su pintura. Si a ello añadimos una ejecución sólidamente fundamentada en el vagaje técnico aprendido en las escuelas, que nunca desdeñó, y desarrollado en muchas horas de febril laborar en el estudio, no ha de extrañarnos que un crítico tan reflexivo y ecuánime como nuestro entrañable Paco Zuera no pudiera reprimir sus impulsos y, hace ya una década, hiciera la siguiente declaración: "Declaro que tengo puesto en la obra de Juan Hidalgo del Moral uno de mis artículos de fe en la pintura andaluza del momento".

A juzgar por el retrato que hoy nos ha congregado aquí, nuestro amigo Zuera no se equivocó al apostar por la pintura de Juan Hidalgo con la fuerza que lo hizo. Esta obra surgió hace aproximadamente dos años, tiempo en el que la delgadez espiritualizante de don Juan alcanzó cotas que fueron motivo de preocupación para muchos de los aquí presentes. Hoy, gracias a Dios, ha recuperado su aspecto habitual, pero entonces, Juan Hidalgo -así me lo manifestaba hace unos días- lo vió tan desmaterializado y transparente como un personaje del Greco. En consecuencia, este artista, que conoce perfectamente su oficio, decidió utilizar en el retrato de don Juan la técnica del pintor cretense, consistente en emplear como base el temple, más brillante y transparente que la pintura de aceite, y rematar la obra con las necesarias veladuras al óleo.

Asimismo, propia de Doménico Greco es la contraposición de dos planos, el material y el etéreo, que advertimos en el cuadro. Efectivamente, don Juan tiene los pies en la tierra, hundidos en el barro cálido y denso del pavimento, pero su figura, descarnada y espiritualizante, envarada y solemne, tiende a levitar en una ascensión contenida, que contrasta con la pesadez y el aplomo de los legajos que le sirven de fondo.

El cromatismo ambiental, pródigo en sienas, ocre y grises, acoge sin estridencia al azul del traje y al carmín desvaído del viejo terciopelo que tapiza el sillón español.

Tan sóbria y elegante utilización del color se acomoda a la austeridad, casi monacal, de la estancia, que constituye el marco más idóneo para el humanista parco y mesurado, que es don Juan Gómez Crespo.

Es aquel mismo ambiente de pobreza digna que la medida de los Austrias introdujo en la pintura española del Siglo de Oro, porque este retrato, no cabe duda, es esencialmente español; en él podemos rastrear el influjo de nuestros grandes retratistas, desde Diego Velázquez hasta Alvaro Delgado. Estamos ante una obra de nuestro tiempo que rezuma tradición.

Juan Hidalgo no ha pretendido hacer un mero retrato físico de don Juan, sino dotar a su obra de contenido psicológico. De aquí la acentuación de los rasgos y actitudes más característicos del efigiado; no obstante, su cariño y respeto hacia don Juan y el acento idealizante que siempre ha presidido la producción del artista, le han impedido desembocar en la esperpentización a que nos tienen acostumbrados pintores tales como el referido Delgado.

Efectivamente, Juan Hidalgo exterioriza en esta obra su estima hacia el modelo. Este, además de su paisano, ha sido su maestro y es un buen amigo. En el entorno familiar del artista siempre se acogió a don Juan con cariño y se habló de él con respeto y admiración. Es normal que, habiendo crecido en este clima de afecto incondicional hacia el efigiado, Juan Hidalgo no vea en él limitaciones. En su retrato nos lo muestra como un gran humanista, como un sabido a la antigua usanza capaz de abarcar todo el saber; de aquí que no rotule los lomos de los legajos sobre los que se recorta su silueta noble y venerable, pues hacerlo supondría poner límites a la erudición del retratado.

Del mismo modo, cuando algo anecdótico de don Juan no le gusta, como su forma poco airosa de cruzar los pies, aunque no lo corrige por respeto a la verdad, procura disimularlo. Esta es una de las razones -la otra es compositiva, pues busca establecer un primer plano para estructurar la perspectiva de la obra- de esa sombra convencional que advertimos en el ángulo inferior derecho del cuadro.

Estamos, en definitiva, ante un retrato que constituye, a mi juicio, uno de los mejores discursos que se han presentado en esta Academia. Juan Hidalgo es hombre de pocas palabras, siempre ha rehuido la notoriedad, y estar, como hoy, en el cadelero le desazona. Cuando hace unos días me llamó para pedirme que presentara su cuadro, no tuvo recato al confesarme su preocupación por este acto y su miedo a tener que hablar en el mismo. En este mundo de charlatanes impenitentes, de fatuos que hablan sin sentir engolando la voz para disimular la escasa entidad de su discurso, es reconfortante encontrar a alguien que siente, expresa y comunica en la forma que lo hace Juan Hidalgo y que, sin embargo, se resiste a ocupar una tribuna.

Si el cuadro que tenemos ante nosotros es testimonio de la calidad artística de este cartujo del pincel y la esencia de trementina, su sincera y conmovedora humildad, su deseo de pasar por la vida de puntillas en un perenne y denodado esfuerzo por recatar la grandeza de su espíritu, son pruebas inequívocas de su calidad humana.

Juan ¡enhorabuena!, porque sólo el que ES puede permitirse el lujo de desdeñar los halagos.